EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE

Eulogio era un hachero de un pueblito de Misiones que se ganaba la vida sacando postes de madera en la selva. Debía recorrer largos senderos, por picadas muy cerradas para llegar al lugar donde se hallaba el árbol Urunday, madera “de ley”, como le gustaba definir a él, a la materia prima con la cual se ganaba la vida. Un machete y un hacha lo acompañaban, junto con su único compañero en esas cerradas selvas misioneras, su perro “Payé”. El cual, por su oscuro pelaje, dejaba entrever una cruza con alguna raza noble, que un ojo experto podría rápidamente relacionar con un “ovejero alemán”.

Payé, lejos de presumir con su posible fino linaje, se conformaba con ser una buen compañero de caminata. Siempre atento a los requerimientos de su dueño, que lo atizaba a correr algún ñambú que se cruzaba en su camino. A la espera de una posterior recompensa que siempre llegaba en forma de algún pedazo de tocino o hueso, sobras de alguna de las comidas que compartían tras largo día de trabajo.

Este leñador era un hombre solitario, no le gustaba ni siquiera cuando debía llegar hasta el poblado para hacer entrega de su trabajo. Trataba de llegar bien temprano, cosa de no tener que cruzarse con algún vecino, quienes solían preguntarle por los precios de los postes, y si podía sacar tablitas para los techos de las casas…

Pero cierta vez se cruzó con doña Eulalia, que era la curandera del lugar, y había que mostrarle algo de respeto por si algún día se necesitara de sus “servicios” o consejos médicos. Atento a esto, Eulogio se detuvo para saludarla con cortesía y amabilidad…

-¡Ohh Doña Eulalia! ¿cómo anda usted? -La mujer frenó su andar cansino y lo miró unos segundos, que para Eulogio fueron eternos...

-Aquí bien, pero preocupada por a mi nieta, Mariana, vos ya la conoces a ella como es…vive sólo trabajando en la casa, y ya es hora de que piense en formar una familia…

Eulogio bajó la mirada tratando de que la mujer no se diera cuenta de su interés por lo que estaba escuchando. Y sacando un coraje repentino, que le apareció de golpe, decidió copar la parada y hacerse cargo de la indirecta que suponía iba dirigida hacia él.

-Es así mismo Doña Eulalia, yo también vivo un poco solitario y estoy en la misma, buscando alguien que me pueda acompañar-, dijo esto y bajó la mirada a la espera de una posible reacción adversa.

Pero no fue así, la doña lo miró, nuevamente de arriba abajo, y ya en un perfecto castellano que solía usar cuando quería ser escuchada con atención exclamó:

-¡Vaya y haga lo que tiene que hacer y cuando termine venga por casa y hablamos un poco más, eso sí…tráigase una cañita para convidar!- Dicho esto, se alejó dejando a Eulogio pensativo, pero sintiendo una sensación de alivio por saber que había estado acertada en su decisión.

Las horas para el muchacho pasaron volando a partir de allí, pasó rápido por el aserradero, ofreció los postes que ya había sacado y se dirigió al almacén de ramos generales de Don Otilio. Allí, sabía que podía conseguir la cañita para Doña Eulalia y algunas cosas más que necesitaba para el rancho.

En el mostrador, vio una escopeta de dos caños, y de inmediato supo que era un calibre 16, nuevita se veía…

-¿A cuánto está maso menos?-, preguntó ilusionado mirando hacia el arma. El vendedor lo miró, y asimismo a la escopeta en la pared, y exclamó

-Unos dos mil pesos por ahí ha de estar! Por ser para vos, te la doy a pagar, y puedo recibir postes como parte de pago. Eulogio hacía bastante tiempo que andaba buscando una para comprar, para estar más seguro en el monte. En varias ocasiones se había cruzado con un gato Onza macho que rondaba incluso hasta cerca de su rancho, así que no dudó y decidió cerrar trato ahí mismo, y llevarse la escopeta que tanto necesitaba, con una caja de cartuchos.

Camino de vuelta para lo de Doña Eulalia, se sentía feliz y esperanzado…solo le faltaba poder empezar a visitar a la Mariana. Ahora que tenía la escopeta, iba a ir con dos o tres martinetas en cada visita. Sentía que su día ya había sido más que provechoso y fructífero. Vendió los postes que tenía, le encargaron más y consiguió la escopeta que tanto necesitaba…solo faltaba ver cuál era la propuesta de Doña Eulalia, eso lo inquietaba pero a la vez lo atraía.

-¿Trajiste mi pedido?- Exclamó la anciana, con un gesto picarón…

-Sí, aquí esta, respondió el joven, sacando la botella de Vello Barreiro que había comprado.

-Tráete un vaso para nosotros guaina!- y apareció la jovencita con un vaso y con el mate. Y así fue el comienzo de un afortunado romance.

Luego de un año de convivencia tuvieron un hermoso niño. Cuando el hombre se iba a trabajar, dejaba atado al Payé para que ladre si algún animal se acercaba. Una tarde al llegar a la casa, Mariana le manifestó que el perro había estado molesto todo el día y ladraba mucho hacia la casa.

Entonces, al día siguiente, el muchacho lo lleva atado hasta el lugar de trabajo y al llegar advirtió que el animal no se quería quedar, a tal punto que se escapó. Entonces el dueño desesperado salió en su búsqueda, debido a que un mal presentimiento lo tenía nervioso.

Al llegar al descampado , oyó desde lejos que su señora estaba en el arroyo lavando ropas, porque se escuchaba el batir de la pala que usaba para aflojar la suciedad. De todas maneras, decidió ir directamente hacia la casa. Corrió los últimos metros que le faltaban para llegar y pensó que como siempre Payé iba a salir a su encuentro.

En el patio pudo observar cierto desorden, y la puerta del rancho semiabierta, lo invadió una gran angustia. A paso lento, con la escopeta en mano, se fue acercando a la puerta del rancho. De repente, vio salir corriendo a su fiel mascota que movía la cola en señal de alegría de verlo llegar. Pero con su cara, cuerpo y pelaje todo ensangrentado.

Al amo, el corazón se le detuvo, y de un manotón violento y sacó su escopeta y disparó al perro, el cual arrastrándose logró llegar hasta adentro.

Cuando Eulogio ingresó a la habitación, se le atravesó un enorme Onza Macho, con evidentes signos de una infernal lucha reciente. Confundido y consciente, de su error, el hombre se volvió hacia el perro y lo miró como implorando perdón. El moribundo animal seguía arrastrándose queriendo huir de su destino.

Pero llegó cerca del niño, que estaba totalmente desnudo, pero sin un solo rasguño. El padre paralizado, distingue a lo lejos la voz de la esposa, quien, al llegar desesperada, encontró a todos desvanecidos en el suelo.

FIN

Micaela Do Prado